

El fado vadío

LUZ GARCÍA CASTAÑÓN

Según la definición del diccionario, Patrimonio significa herencia paterna y bienes de familia, lo cual, ampliamente entendido, abarca lo propio y característico de un pueblo, un país, una raza o etnia, que se clasifica de acuerdo a diferentes escalas de valor, dándose a menudo la circunstancia, sea por ignorancia, desconocimiento o menosprecio, que se rechace o niegue algo que forma parte esencial del patrimonio.

El Flamenco y el Fado son dos manifestaciones del patrimonio de España y Portugal cuyo origen se encuentra en las camadas sociales inferiores, si bien la apropiación por parte de la burguesía y la intelectualidad las haya despojado de aspectos o añadido otros, naciendo así el Flamenco profesional de los Tablaos Flamencos y el Fado profesional de las Casas de Fado que se reparten por toda la geografía peninsular, siendo los más famosos y renombrados de las capitales respectivas, Madrid y Lisboa con espectáculos, en los que no siempre la música está acorde con el elevado precio y que se destinan casi en exclusividad a los extranjeros.

En España los Tablaos atraen al cliente a tenor del nombre de una figura afamada cuya actuación suele ser corta y estar arropada por otras secundarias que entretienen al cliente y le inducen a una mayor consumición de bebidas alcohólicas. En el Fado profesional sucede algo muy parecido. Los locales, diseminados por la parte antigua y monumental de la ciudad, despliegan grandes carteles adosados a la pared con fotos de los artistas que allí actúan. En todos ellos se tiene la impresión de que al cliente le dan gato por liebre, porque en ese Flamenco y en ese Fado los suspiros del alma, los gritos de las entrañas, el dolor del corazón, la angustia de los celos, los remordimientos, el pesar, el desgarró ante la impotencia, el sufrimiento y la muerte únicamente se manifiestan en las letras de las canciones.

Amalia Rodrigues, la gran fadista de todos los tiempos afirma: Lo que me interesa es sentir el Fado. Porque el Fado no se canta, sino que ocurre. Es un acontecimiento. Y eso es lo que produce miedo, porque yo nunca sé lo que va a ocurrir. El Fado se siente, no se comprende ni se explica.

En la sociedad actual, resulta más simple aceptar lo que el sistema nos ofrece e incluso disfrutar de ello, que intentar apartarse del camino trillado para ir a la

búsqueda de lo original y lo genuino. Eso implica empezar por el principio y en el principio nunca fueron los Tablaos Flamencos ni tampoco las Casas de Fado. El principio fueron unos espacios lúgubres, tabernas, tascas y prostíbulos para desperdigados y medio ocultos en las grandes ciudades, a los que la gente acudía liberarse de la opresión interior, escuchando a quienes sabían interpretar las penas del alma.

El Flamenco fue visto como música de gitanos, de “gentes de mal vivir”, de parias de la sociedad, ladrones, perezosos, gentes sin valores y sin normas sociales. Dice Amalia Rodrigues: Carmen Amaya fue uno de mis mayores ídolos. Era tan gitana que se la echaba de los hoteles porque cocía habas en el cuarto, quemaba los colchones y dejaba un intenso olor a cebolla. Yo también soy un poco como ella. No llegué a ese punto porque nací en Lisboa pero debo tener una costilla gitana o árabe. Si hubiese vivido en medio de gitanos sería aun peor que ella. Sería Carmen Amalia.

El fado fue juzgado música de “Moros”. (Un apelativo que los portugueses del Norte dan a los habitantes de las zonas por debajo del río Duero). Amalia Rodrigues afirmaba el estrecho lazo entre la música árabe y el fado y decía que era tan portuguesa que se sentía árabe.

Igual que el flamenco, el fado surge del alma de un pueblo pisoteado, castigado, rechazado y menospreciado. Los letristas, generalmente anónimos, marcaron los poemas con un arte anegado en sentimiento. Muchas de las grandes figuras del flamenco y del fado actual han salido de esos locales sombríos, tristes y mal afamados donde la presencia de las mujeres no siempre era bien vista y en cualquier caso totalmente imaginable si no estaba en compañía de un hombre. Sólo mujeres como Ava Gardner, se permitían en los años cincuenta acudir a estos sitios junto al amante cantante o torero de turno.

El Fado Vadio, significa el Fado no profesional, pues los intérpretes no cobran por la actuación. Este tipo de Fado no se anuncia en los periódicos ni en carteles callejeros. Sobre él no existe ningún tipo de difusión como la que se ofrece para las discotecas de música americana o brasileira o de locales de música Rock o de Jazz. Y existe una categoría de portugueses que juzga al Fado ajeno a su cultura, (¿lo será más el Rock y el Jazz?), juzgándolo producto de los Moros, (es decir de la región de Lisboa y el Sur), al haber tenido su origen en la moraria de Lisboa, aunque a la música no le afectan fronteras históricas, políticas o geográficas. Los estudiantes llevaron el Fado a Coimbra, desde donde llegó hasta Oporto, Braga, el resto de Portugal para, transportando fronteras, alcanzar el resto de Europa, el Oriente próximo y lejano y América.

Al Fado se le rechaza por su origen social y se le achacan defectos que no precisan justificación, porque como dice el gran artista y compositor Marcenedo: al Fado se le exigen diploma y títulos como si pretendiera doctorarse.

El Fado vadio nocturno se alarga de acuerdo al entusiasmo del público y de los artistas. Hay oyentes que ocultan el rostro entre las manos; otros cierran los ojos como dejándose llevar por el ensueño que les produce la música. También hay quien llora o permanece perdido en el recuerdo. Para aminorar la opresión del ambiente, se interpretan Fados humoristas y tras siete u ocho intérpretes se produce un intervalo de diez minutos. Cada Fadista canta dos fados y sólo en casos especiales uno o incluso tres. La sesión se divide en tres partes y hay quien canta en las tres o únicamente en una de ellas. Algunos lo hacen con los ojos abiertos, otros con ellos cerrados para descorrer únicamente los párpados con el estallido de los aplausos. Hay quien gesticula, sacude los hombros o mueve las piernas como si fuera a dar un paso. Pero también hay quien no hace gesto ni movimiento alguno, como si la música y las palabras salieran autónomas de su interior. Los hay que se balancean, mueven las manos de modo inconsciente, ponen los ojos en blanco al igual que ciegos o bien se asemejan a muñecos.

Los poemas hablan en su mayoría de la tragedia de la existencia humana, de la incapacidad de lograr la felicidad en este mundo. Unos se hacen eco de la traición de amor, del desamor, del abandono, del amor paterno o materno, del cariño filial, de la soledad y el olvido de los mayores; de la tristeza de los huérfanos y de los niños abandonados; de la muerte prematura, la edad longeva, la falta de cariño, la ingratitud hacia los familiares; la nostalgia por el pasado; a menudo hablan de las taras sociales: el hurto, las enfermedades de todo tipo, incluidas las del espíritu y la mente y hasta del SIDA, pues ningún tema escapa a la creatividad de los poetas.

Hay Fados extraídos de poemas de Cesario Verde, así como de Fernando Pessoa, cuya poesía tiene por detonante la Saudade. Decía Unamuno: El portugués es especialmente pesimista: él mismo nos lo repite. ¿No es acaso la flor amarga de este espíritu la poesía desesperada y dura de Antero de Quental? Otros, casi la mayoría, son de autores desconocidos: barberos, pintores de brocha gorda, fontaneros, carpinteros, marineros, etc. —capaces de poner en un verso un sentimiento, una aflicción. Hay Fados que hablan de las guerras y de las derrotas del pasado: la famosa derrota de Alcazaquivir en la que desapareció el rey Sebastián; las guerras coloniales de Angola, Mozambique y la Guinea portuguesa, donde millares de portugueses perdieron la vida o quedaron reducidos a despojos vivientes.

Se ha dicho del portugués que arrastra consigo una tal tristeza que le induce a transformar en culto el sufrimiento. Insistía Unamuno en considerar el culto al dolor como uno de los sentimientos más característicos de los portugueses: Aún más acaso que en nosotros los españoles se encuentra en los portugueses el culto al dolor. Y en ellos no toma cierto carácter de ferocidad bravía que entre nosotros tomó. Su ansia de martirio nos lo ha llevado tanto como a nuestros abuelos les llevó al desvario de martirizar a otros.

Existe, sin lugar a dudas, un culto al dolor en este Fado que se denomina fatalista como también existe el dolor en el flamenco pero con una gran diferencia de carácter de los dos pueblos. Cada pueblo reacciona de acuerdo a su idiosincrasia y a sus circunstancias que se modifican de país en país e incluso de región en región y sus diferencias se relejan necesariamente en la música.

Un viajante español escribió en 1896 en el periódico *La Voz del Comercio*: Nada mejor que la música refleja el carácter y la manera de ser especial de los pueblos. Un filósofo alemán decía: Dadme los adagios de un país cualquiera y yo le dictaré las leyes. Pues bien, yo dispensaría los adagios y me sobraría con la música. España con sus jotas y sus peteneras y Portugal con su rico Fado son y serán siempre dos naciones antitéticas. La jota pide luz, castañuelas y vino en jarra. La petenera pide algo más: abrazos de mujer que ahoguen, besos que quemem neurosis debilitantes y por encima de todo estos cañitas de manzanilla bajo el toldo de una parra. En cambio O Fado pide silencio absoluto, penumbra misteriosa y una cierta dosis de tristeza en el corazón. Con diferencias tan marcadas antójaseme fácil legislar para los dos países sin más que consultar cuadernos de música popular.

Aunque el Fado vadio pueda adolecer de un escaso valor literario y artístico, posee siempre un gran valor etnográfico por tratarse de una manifestación de la historia de un pueblo y en la expresión del peso de una tradición, de una mitología, de las alegrías y las miserias, de las creencias y las desesperaciones subyace algo. Quizá resida en el hecho de ser el pueblo portugués el más alegremente desesperado de todos los pueblos, que el Fado se vuelva una nostálgica liturgia de tonadas alegres y tinos trágicos. Fado es destino y por ello sus letras hablan de dolor, de preguntas sin respuesta, de deseos insaciables, pues siendo tan urbano como su contemporáneo el Blues, en él se hallan todos los lamentos.

A nuestros oídos aún resuena la voz de Amalia Rodrigues: El Fado es saber que no se puede luchar contra aquello que tenemos. Fado es lo que no podemos cambiar. Es preguntar por qué y no saber el porqué. Es nunca dejar de preguntar y al mismo tiempo saber que no hay respuesta.